

Credo

Gracias a todos por venir y por escucharme. Ojalá nos reuniese aquí una ocasión más alegre. Con todo, doy las gracias a la tía Julia por darme la oportunidad de poner en palabras cómo nos sentimos todos ahora mismo. Espero haber hecho un buen trabajo.

Las despedidas siempre son difíciles. Es algo sencillo de decir, pero complicado de realizar. Los aeropuertos están llenos de ellas, llenos de abrazos, de dedos que se agarran para no dejar ir, suspiros, agonía, lágrimas y aquella mezcla extraña entre lo inevitable de lo que va a suceder y lo sencillo que sería de evitar si alguien, uno o una de ese grupo, uno que da abrazos, uno de los que se agarra, suspira y llora, uno de esos dijese que no se va, que se queda. Quizás por eso es tan difícil, porque, en realidad, es algo absurdamente sencillo de entender y de hacer. Consiste en soltar las manos, poner distancia entre los cuerpos, limpiarse las lágrimas y despedirse poco a poco, moviendo la mano, mientras la otra persona avanza hasta el control de seguridad. Después, la nada, aquello que ya sabíamos que iba a ocurrir, girar sobre nuestros talones y volver a casa.

Aun así, esta despedida tiene otro giro de complejidad. Aquí los que se van somos nosotros, los que hemos pasado horas mirando entre las estanterías, los que nos hemos dejado aconsejar por Julia, los que hemos olido el café que hacía en la trastienda, los pocos que nos atrevimos a montar una tertulia donde Gabriel defendía a capa y espada la obra de Galdós recibiendo las miradas aprobatorias de Malena que, como buena lectora de Almudena Grandes, se sumaba siempre al bando del garbancero contra toda la crítica y apología unamuniana de Ángela, pasando completamente de cómo, allá al fondo, Silvio me hablaba de Camila Sosa o Sally Rooney.

Está claro que no fue suficiente el esfuerzo. Está claro que lo de dar folletos por la calle fue una pérdida de dinero. Nadie del barrio ni tampoco del centro acudió a comprar jamás. Tampoco sirvió abrir al local un perfil en redes sociales y bombardear inmisericordemente a todas nuestras amistades con cada una de las publicaciones que subíamos. Y qué decir de otras ideas como: cinefórum el viernes con coloquio después... Dos por uno en libros de segunda mano... Evento especial del día del libro... Nada.

Seamos sinceros, cuando Julia nos explicó la situación, el pronóstico no era favorable. Cómo puede ser, le dijimos, si quien más quien menos conoce a alguien que lee. Sabemos que no todos son lectores veteranos, cómo de diferente sería el mundo, pero, caray, todos hemos visto a algún familiar trastear con un libro, aunque sea la típica prima de quince años que sólo lee *After* o novelas distópicas como *Los juegos del hambre*. Yo que sé, le dijo Mauro, aunque sea compra mucho Brandon Sanderson, que eso se vende solo. Ya sabéis que se intentó de todo. No voy a continuar con los ejemplos para no echar más sal en la herida que, si la nuestra es grande, no me quiero imaginar cómo será la de la propietaria.

Creo que, entre los aquí presentes, el único que nos puede dar una respuesta al porqué de esta pérdida es Tinín. Espero que, por deferencia a todos nosotros, no responda escudándose en el plan de Dios y sus inescrutables caminos, presupongo una mayor inventiva a un sacerdote que lee a Pablo d'Ors. Me gustaría pensar que nuestro amigo nos hablaría de la fe y de cómo es ahora, en los momentos difíciles, cuando más hay que luchar por mantenerla. Pero, ¿fe en qué? ¿En que se abrirá esa puerta y se venderá todo el stock? ¿En que la gente de esta ciudad recordará el tacto del papel, el pasar de las hojas, y acudirá desesperada a por un libro? ¿En que el banco haga la vista gorda?

¿En qué podemos creer los que estamos aquí? ¿A qué nos podemos agarrar? ¿Qué certezas nos quedan? ¿Cuál es nuestro credo? He aquí mi propuesta.

*Creo en el alma de los libros, expansora de mi existencia mortal y finita.
Y en Cervantes, su único hijo,
que fue manco en Lepanto y que trajo tras de sí a todos cuantos locos atrapó el papel.
Creo en el poder de las historias como eje vertebrador de la vida humana
sin condición de sexo, etnia, nacionalidad u orientación sexual.
Creo en el encuentro de las personas con lo íntimo de su ser
aquello que las hace irrepetibles, crueles y bondadosas a través del libro,
formato perecedero y eterno a la vez.*

*Creo en las librerías de barrio,
en las bibliotecas,
los marcapáginas,
las comas, los puntos y aparte,
los párrafos, las comillas y las letras.
Creo en la sangre con la que escribe cada autor
y en la pluma con la que se hace tan bellas heridas.
Amén.*

Gracias, Julia, por darnos este hogar y gracias a todos vosotros por formar parte de mi historia.

Podéis ir en paz.